

Folklore experimental.

El carnaval de Lanz (1964)*

I

Muy cerca del kilómetro veintitrés de la carretera que va de Pamplona a Irún por el puerto de Velate, y, también, de Pamplona a la fontrera francesa de Dancharinea, hay, a mano derecha, un ramal con esta indicación: «a Lanz dos kilómetros y trescientos metros». Pocos son los viajeros que utilizan el ramal, sólo las gentes de la tierra. Sin embargo, en otro tiempo, antes de que se trazara la carretera actual, pasaba por el mismo Lanz la gran calzada que iba de Pamplona, rumbo al Baztán, a las fronteras septentrionales del viejo reino de Navarra¹.

Puede decirse que incluso la configuración del pueblo, y hasta su historia más antigua se hallan condicionadas por este paso o trayecto. Lanz es un pueblo de los que los geógrafos alemanes en sus tipologías urbanas llaman «Gassendorf», del que el eje principal es una calle, que, a su vez, ha sido parte de un sistema de circulación general. En la Navarra fronteriza hay otros de la misma estructura, por ejemplo, más al norte en el Baztán mismo, la villa de Maya y más al norte aún, el antiguo señorío de Álzate, unido a Vera de Bidasoa desde una fecha del siglo XVII que no viene al caso precisar.

Lanz fue, pues, hasta fines del siglo XIX, pueblo de paso y de frontera. Esto explica que ya en 1264 el rey Teobaldo II de Navarra, concediera a sus «francos» el mismo fuero que regía con los del burgo de San Cernin en Pamplona²; también que no tuviesen alza o apelación en sus juicios, sino ante el rey, que moliesen en el molino que habían dado ellos al rey mismo, sin que hubiera posibilidad de construir otro y que cada una de sus casas pagase tres sueldos anuales el día de San Miguel... En 1366 Lanz aparece con veinte vecinos³ en censo que ha de publicar íntegro José Javier Uranga.

* *Príncipe de Viana*, XXXVI, n° 98-99 (1965), pp. 5-22+4 láms.

1. ANTONIO RAMÍREZ ARCAS, *Itinerario descriptivo, geográfico, estadístico y mapa de Navarra* (Pamplona, 1848), camino n° 20 y el mapa de Coello de 1861.

2. Sin duda el rey Teobaldo pasó de Tudela a Urdax, del extremo sur al norte de Navarra, por Lanz, que estaba en el camino real y dice el Padre Moret que la concesión "parece fue en alegría de su presencia y hospedage", pero ya hecha en Urdax; *Annales del reyno de Navarra. Compuestos por el P. Joseph de Moret, de la Compañía de Jesús, natural de Pamplona* "III (Pamplona, 1766) p. 281 (lib. XXII, cap. III, § VIII, 16).

3. JOSÉ YANGUAS Y MIRANDA, *Diccionario de antigüedades del reino de Navarra*. Pamplona, 1840, p. 172. Ver también las "adiciones". (Pamplona, 1843), pp. 186-187.

En épocas posteriores ocupa una situación muy peculiar dentro de los pueblos de los contornos, porque en lo administrativo se rigió y aún se rige como villa separada, mientras que en lo religioso y en otros aspectos (sanitario, postal, etc.) se halla unido al valle de Anué, con siete aldeítas más⁴.

En realidad, Lanz tiene su término extendido por un pequeño valle, rodeado de montañas al norte, al este y de elevaciones más suaves al sur. La parte más llana de sus límites es la occidental, por donde está el acceso actual, desde la carretera.

Su autonomía municipal (que le pesa) se explica por el fuero dado a los «francos». Su configuración también, pues los demás poblados vecinos presentan una forma irregular y están más o menos agrupados alrededor de la iglesia. Hoy los habitantes de Lanz viven de la agricultura y sobre todo de la ganadería. Las casas *fuertes* tienen de diez vacas estabuladas en adelante, pero hay falta de brazos y criados y los propietarios ven con claridad que si no aumentan sus ganados pasarán por crisis hondas... el problema es el mismo en toda la zona, más agravado aún en los valles de Erro y Arriasgoiti, incluso en el de Ulzama donde varios pueblos estaban en venta en la primavera de 1964, empezando por Lizaso.

Lanz también va disminuyendo de población, de modo alarmante. En 1802 constaba de cuarenta y siete casas útiles, un molino (el viejo molino de los «francos» sin duda) y 314 almas, gobernadas por un alcalde, que nombraba el virrey de Navarra, a proposición de los vecinos. La parroquia, bajo la dedicación de los Santos Cornelio y Cipriano, se hallaba servida por un cura, un beneficiado y un sacristán⁵. Años después, en 1826, el abate Miñano señalaba un aumento, asignándole setenta vecinos y 383 habitantes, y decía, además, entre otras cosas, que quedaba a seis horas de *camino militar* de Pamplona⁶. Si la guerra de la Independencia no parece que quebró la ascensión demográfica del pueblo, la primera guerra civil sí que la rompió ya un poco. Madoz -en su admirable diccionario, repleto de estadística, sobre el «antiguo régimen», dado su contenido- nos dice que, hasta 1847, las casas eran sesenta y cinco, los vecinos también sesenta y cinco y las almas 367. La riqueza la graduaba en 93.889 reales. Señalaba asimismo la existencia de una casa municipal, cárcel, *parada*, escuela, concurrida por veinte niños y diez niñas y dotada con 1.000 reales.

El correo -añade- se recibía de Pamplona por el valijero del valle de Anué. Pondera también la calidad de los pastos, la excelencia de los robledales y hayedos y afirma que había caza de liebres, corzos, jabalíes, zorros y lobos y pesca de truchas y anguilas en el río que baja de las montañas⁷.

La curva demográfica descendente se señala más a fines del siglo XIX y en 1892, el diccionario de Montaner y Simón (tan bueno para su época) indica que entonces Lanz no tenía más de trescientos habitantes...⁸ Dos-

4. Arizu, Burutáin, Egozcue, Esáin, Etuláin, Leazcue, Olagüe: Luis AMORENA Y BLASCO, *Síntesis geográfico-estadística de la provincia de Navarra*. (Pamplona, 1923), pp. 268-269 y las obras que luego se citan.

5. *Diccionario geográfico-histórico de España por la Real Academia de la Historia. Sección I, Comprende el reino de Navarra, señorío de Vizcaya y provincias de Álava y Guipúzcoa*. I (Madrid, 1802), p. 410, a.b.

6. SEBASTIAN DE MIÑANO, *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*, V (Madrid, 1826), pp. 149, b-150, a.

7. PASCUAL MADOZ, *Diccionario geográfico de España y sus posesiones de Ultramar*, X (Madrid 1847), p. 67, b.

cientos noventa y nueve almas le da Julio Altadill en su geografía de Navarra, escrita ya metido este siglo, de la que sacaremos ahora varias informaciones más.

Decía Julio Altadill, que cuando él escribía la lengua preferida en Lanz era la «milenaria de Aitor», es decir, el vascuence; que las costumbres eran «puras y honradas»; que si en 1888 no había más de 294 moradores, en 1900 se registraban 341⁹, de manera que el aumento volvía a ser evidente, a pesar de la emigración. Los edificios habían pasado a ser cincuenta y tres en la villa y setenta y ocho en total, contando los diseminados. Del término municipal, que se extendía en 1.745'75'17 hectáreas, 1.061 las ocupaban los montes de Galzárriz y Oñato, cubiertos de hayas en su mayor parte, y 499 el Ayerdi. Pastores, leñadores y carboneros, animaban aquellas alturas¹⁰; también -podemos añadir por nuestra cuenta- cazadores, algunos arrieros, las correspondientes partidas de contrabandistas y las fuerzas de carabineros que entonces parece eran más abundantes que hoy.

El 8 de febrero de 1964 hemos llegado a Lanz por la tarde y el secretario del ayuntamiento nos ha dicho que, en dicho día, la villa no tiene arriba de 215 habitantes, aunque aún no hace mucho podía asignársele hasta 280¹¹. La caída rápida es, pues, clara.

II

Pero veamos más con nuestros propios ojos. La fisonomía que nos da Lanz en los planos, queda confirmada por la visión directa. La calle es inconfundible, con sus casas alineadas a los dos lados, conservando cada una la propia individualidad; con su nombre también propio, transmitido de generación en generación. Al recorrerla me pregunto, una vez más, en mis excursiones por el país, por qué hay tanta casona navarra que corresponde en su estilo y arquitectura a fines del siglo XVII y primera mitad del XVIII.

La pregunta se ha de responder pronto de modo cumplido, categórico, mercea a ciertas investigaciones de historia económica. Alguna publicación moderna como, por ejemplo, la monografía del P. Pío Sagüés Azcona acerca de la iglesia de San Fermín de los Navarros de Madrid¹², nos hace ver que, en tiempos de Felipe V, la influencia navarra en la corte fue grandísima, que los comerciantes de Indias y los hacendistas navarros -sobre todo montañeses- compiten en establecer fundaciones, patronatos y construcciones benéficas de todas clases.

Es, en efecto, el momento en que suenan los nombres de los Uztáriz, los Iturralde, los Goyeneche y otros patricios benefactores de la tierra.

Los «triángulos» de influencia que se establecen entre Navarra, las Indias y la corte son de varia índole y siempre importantes; pero las relaciones más personales y oscuras de gentes de Navarra (también de Guipúz-

8. *Diccionario enciclopédico hispano-americano de literatura, ciencia y artes*, XI (Barcelona, 1892), p. 587. b.

9. 341 habitantes de hecho y 329 de derecho le da el *Nomenclátor de España* de los Revenga. (Madrid, 1921), p. 189 con datos de 1900.

10. JULIO ALTADILL, *Provincia de Navarra* II, pp. 216-217. *Geografía general del país Vasco-navarro* (Barcelona, s.a.).

11. Daré aquí las gracias a don Francisco Irurozqui por el auxilio que nos ha prestado en nuestra tarea.

12. *La real congregación de San Fermín de los Navarros*, (Madrid, 1963).

coa, Vizcaya y el país vasco-francés) con Méjico, la Argentina, etc., se patentizan, se hacen ver una y otra vez, de continuo, por el remozamiento, por la restauración de las viejas casas troncales, en un estilo nuevo, amplio, majestuoso, que contrasta con la sombría silueta de las antiguas torres de linaje y con los caseríos hechos poco antes, aún de madera en gran parte. Se advierte en Lanz desde el primer momento, contemplando las fachadas de estas casas de fines del XVII y de todo el XVIII una fuerte influencia del Baztán; porque los blasones, en su mayoría, son los colectivos de aquel valle, con su conocidísimo ajedrezado. A veces se combinan con la sirena de Bértiz y otras figuras heráldicas. Pero, de repente, nos encontramos también con la talla, con el emblema místico... o con la reminiscencia artística medieval y aún más arcaica. Desde las paredes de piedra sillar nos miran extrañas caras pétreas, figuras enigmáticas, diabólicas. En muchos pueblos vasco-navarros he visto y dibujado o fotografiado tallas semejantes colocadas en portadas y cortafuegos y aún no sé qué significan, aunque supongo que tienen un carácter apotropaico, es decir que en las épocas en que el miedo a hechizos, males de ojo, etc., era cosa comunísima se ponían para proteger contra la acción de todo hechizo, miradas de mala intención y calidad u otros males, de los que asimismo se vería protegida la calle, por su nombre, pues esta axial de Lanz queda bajo la advocación de la Santa Cruz y otra mucho más sinuosa e irregular en su trazado, a la que luego he de volver a referirme y que constituye más bien una especie de suburbio, se llama de San José. Lanz es un típico pueblo vasco-navarro; acaso el primer pueblo montañés de verdad, yendo de Sur a Norte.

Hacia 1925 se decía en la región que el primer núcleo fuerte de habla vasca estaba en Olagüe y que Lanz ya quedaba dentro del área vascófona. Hoy puede decirse que aún saben allí algo de vasco los hombres mayores de cuarenta años y que les es familiar a los de más de sesenta; un vasco que en el mapa dialectal del Príncipe Bonaparte queda incluido en el sector alto navarro¹³ y en el límite de la variedad septentrional con la meridional¹⁴.

Se explica, así, que cuando los viejos hablan castellano lo hablen como vascos y que, en cambio, entre los jóvenes la tónica sea mucho más semejante a la de los navarros que hablan sólo castellano en la zona de Navarra próxima a Pamplona, desvasconizada a partir de la guerra civil, poco más o menos.

III

En aquella misma época a que me he referido de 1925 o de 1920 a 1930, tenían cierta fama en toda la montaña «los carnavales» de Lanz. Advirtamos que las fiestas en el país son casi siempre designadas en plural. Así como se dice «los Sanfermines» de Pamplona, se dice en Vera «los Sanestébanes» y en Rentería «las Magdalenas». La idea del plural para designar los días de fiesta se halla, igualmente, en vasco y en Lanz, los que aún lo saben, hablan de «carnavales», *iyotiak*, más que del carnaval, *iyotia*¹⁵.

13. Merindad de Pamplona, partido quinto, en las circunscripciones medievales.

14. J. CARO BAROJA, *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*, (Salamanca, 1945), pp. 20-21, mapa V.

15. No lo encuentro en Azkue.

Estos carnavales de Lanz adquirieron posteriormente alguna reputación entre los especialistas en Folklore y Etnografía, a partir del momento en que una escritora inglesa, Miss Violet Alford, hizo referencia a ellos en cierto escrito que tradujo al español Pedro Garmendia¹⁶. Llegó luego la guerra de 1936-1939 y las fiestas carnalescas se suprimieron en toda España. El carnaval de Lanz dejó de celebrarse, como tantos otros. Mas he aquí que, mucho después, dos navarros promotores de muchas tareas culturales, José Esteban Uranga y José María Iribarren, tuvieron la idea excelente de pedir que se levantara la prohibición, siquiera fuese por una vez. El Carnaval volvió a celebrarse con toda exactitud en sus detalles y ello dio ocasión a que Uranga hiciera unas fotos impresionantes y a que Iribarren publicara un magnífico estudio, que apareció primero en la revista *Príncipe de Viana* y luego en libro aparte, recogido con otros de carácter folklórico¹⁷. Cuando a fines de 1963 mi hermano y yo nos decidimos a llevar a cabo una serie de documentales folklórico-etnográficos uno de los que pensamos realizar fue el de este Carnaval.

Escribí, así, al ayuntamiento de Lanz preguntando respecto a la posibilidad de filmarlo y el secretario me respondió, amablemente, exponiendo las dificultades que existían. Resolví, en consecuencia, remover estas dificultades¹⁸ y escribirle a Uranga, para pedir su apoyo. Su apoyo fue decisivo, pues obtuvo la autorización gubernativa y negoció otros asuntos que rozaban el lado económico, tan importante siempre en el mundo actual. Concertamos, pues, que el lunes y el martes de Carnaval del año 1964, los mozos de Lanz lo celebrarían tal y como lo habían celebrado sus antepasados, asesorados por los hombres maduros y los viejos. El sábado, día 8 de febrero, llegué a Lanz con mi hermano, y el operador de NO-DO, Juan Manuel La Chica, para preparar el desarrollo técnico del documental ellos y tomar yo unas notas más sobre el terreno. Confieso que las primeras entrevistas no fueron muy aleccionadoras. Aun más nos descorazonaron las que tuvimos el día siguiente, el domingo de Carnaval, en la posada del pueblo. Lanz -como otras muchas villas con ayuntamiento del país- tiene una casa consistorial (*errikoetxea* o «casa del pueblo», traducido literalmente) en la que, a la par, está la posada (*ostatua*). El control municipal de la posada es, pues, absoluto; y a pocos metros de la cocina de ésta se halla la puerta de la sala de juntas concejil. Todo ello en un primer piso con una gran habitación central que tiene además un despacho de vinos y muchas puertas, que dan a otras habitaciones (entre ellas la misma sala de juntas y la cocina). Allí estábamos, pues, el domingo de Carnaval, cuando empezaron a llegar, después de misa, una porción de hombres talludos, que se disponían a echar, como todos los domingos, una partida de mus antes de comer y que entablaron conversación con nosotros. El tono era jovial, pero el fondo, como he indicado, inquietante, porque los «viejos» creían que los «jóvenes» serían incapaces de llevar adelante todo el ritual carnalesco. Los mozos, por su parte, no salían de una especie de atonía que parecía corroborar aquellos malos augurios. Hacía un día claro, frío, de un frío

16. Ensayo sobre los orígenes de los mascarados de Zuberoa en *Revista internacional de estudios vascos*, XXII (1931), pp. 373-386 (p. 383 especialmente).

17. "El Carnaval de Lanz" en *Historias y costumbres (colección de ensayos)*. Pamplona, 1949, pp. 189-202.

18. En una hojita que publica la "Caja de Ahorros Municipal de Pamplona" en el n° 50, fechado a 18 de febrero de 1956, p. 2, se publicó un reportaje sobre *El Carnaval de Lanz* en que se hace eco de la publicación de Iribarren y se supone que el Carnaval se habría celebrado.

intenso, y todo tenía un aire vidrioso y cristalino, tanto las relaciones como el paisaje. Al atardecer llegaron los que formaban el equipo cinematográfico. La contemplación de los aparejos y de los técnicos que los atendían, produjo un poco más de inquietud y de curiosidad en los habitantes de Lanz.

Los ánimos comenzaron a excitarse y al caer la tarde, el ritual carnavalesco se inició de modo bastante puntual, con una cuestación realizada por unos cuantos mozos, de casa en casa. Dan en ella las amas huevos, longaniza (*txistor*) y otras cosas de cerdo. Con lo reunido se celebra ya la misma noche una comilona en la posada-ayuntamiento. Después de la comida hay baile, que este año duró hasta las tres de la mañana, pero un baile de hombres, de mozos solos, que al son del acordeón, tocado diestramente por un muchacho de Pamplona, Jesús María Román, ensayaron el llamado *zortziko*, propio de la fiesta y del que luego volveré a decir algo. El «asunto musical» se había planteado difícil en este carnaval de 1964. El único hombre de Lanz que sabía las tocatas tradicionales en «txistu» estaba de luto y no podía participar en la fiesta. Jesús María Román cogió al vuelo lo que le cantaron ya durante la mañana del domingo. Luego se anunció la llegada para la fiesta misma del «txistulari» del ayuntamiento de Pamplona, Francisco Cilveti Baquedano, que es uno de los virtuosos del instrumento que existen hoy día, acompañado de un tamborilero, José Sumalde, también de Pamplona, pero que ya hacía cuarenta años había estado en los carnavales de Lanz, tocando el tambor.

La conversación acerca de los músicos hizo recordar a algún viejo que en otras ocasiones se habían traído también «txistularis» de fuera y que habían dado resultados diferentes. El más corrientemente contratado había sido el de Eugui, que conocía bien las melodías propias de Lanz, en cambio, el de Arizcun no tenía tanta familiaridad con ellas. El de Almándoiz había cumplido también alguna vez a satisfacción. El caso es que para el mediodía del domingo, el joven acordeonista le dio al joven «txistulari» la primera versión de las dos melodías principales, que éste las puso al vuelo en notación musical, que luego enmendó algunos compases y que aún tuvo oportunidad de recoger del «txistulari» de Lanz, retirado por el luto y que se llama Fermín Marticorena, otro baile antiguo, típico de Carnaval (que Marticorena aprendió a su vez del viejo «txistulari» de Eugui, José Iribarren) y varias danzas más, de carácter distinto. Los ensayos de Francisco Cilveti merecieron la aprobación total de los viejos, encabezados por Francisco Oyaregui que había sido durante muchos años alma de los carnavales y por un nonagenario que aun a los sesenta y tantos años participaban en ellos.

Por nuestra parte el domingo mismo, acompañados por el alguacil, recorrimos el itinerario que habían de seguir las máscaras, para familiarizarnos algo con él.

IV

Amaneció el día 10 de febrero de 1964, lunes de Carnaval, encapotado y frío. A las nueve de la mañana comenzamos a actuar todos los documentalistas. Pero la función no se suele empezar hasta que a eso de las doce suenan unos cohetes. Antes, a la mañana, los mozos tienen que atender a sus trabajos y dedicar algún tiempo a disfrazarse.

En realidad, desde días antes hay que irse preparando. Las hermanas, las novias, escogen telas, mantones, sayas, faldas y piezas, de carácter feme-

nil por lo general, para aparejar los disfraces, que se componen, además, de gorros caprichosos, de cencerros, de calzados extraños. En vez de máscaras se llevaban casi siempre y para tapar la cara, telas, sobre todo telas que permitían la visibilidad. Una de las pocas críticas hechas al espectáculo de 1964 por los viejos, ha sido la de que los mozos han abusado de las caretas, caretas compradas, de fabricación industrial. También las pieles de las ovejas, de los jabalíes, de los zorros y de algún corzo que otro, se preparaban y se han preparado para los Carnavales. Los disfraces se guardan con el mayor secreto. Pero el domingo de Carnaval por la tarde había que construir, además, la gran máscara, el gigante protagonista o actor principal de todas las fiestas.

En 1964 hubo cierto retraso. Tradicional -como indico- era que, en la tarde del domingo, varios mozos y hombres casados se reunieran en el desván y pajar del ayuntamiento-posada o posada-ayuntamiento a fabricar el gigante. Para ello se tenía preparada una gran horca bifurcada, hecha con un árbol joven o una robusta rama. Por la parte de la bifurcación se metían unos grandes pantalones azules, de los que usan los hombres en su trabajo, pantalones que luego se rellenan de heno, hasta que quedan bien nivelados. Después, en la parte no bifurcada, se coloca una camisa a cuadros, azules y blancos, que también se rellena y ata. Pero las mangas de ésta se aparejan formando una cruz, sujetas por una vara que va de un extremo a otro también en cruz, claro es. En el proceso de construcción al que asistí, se sigue el orden que indico en el croquis adjunto. Así, después de colocada la vara y la camisa, se le calzan al gigante dos botas de monte y se le ponen dos guantes, cortándose lo que podría sobresalir demasiado de la horca y de la vara cruzada. Llega luego el momento de hacer la cabeza, con un montón de heno apelmazado, rodeado por un pañuelo y con una careta por delante, aunque, también antiguamente, la cara se hacía pintado de modo esquemático un rostro sobre una tela o papel y aun dejándola con el heno mismo al descubierto. Aún a esta cabeza se le coloca encima un gorro, a modo de cucurucho, adornado con papeles de colores, y en la cintura se le pone al gigante una faja colorada. A veces, también, de un extremo al otro de los brazos de éste se ha solido colocar una banda de tela con un letrero que decía, «Vivan los mozos de Lanz». Aunque en la fiesta pueden actuar los casados y algunos hombres talludos de humor, es, en esencia, una fiesta juvenil, masculina, en la que algún folklorista alemán vería el vestigio de una clásica «Mannerbund».

He aquí, pues, que los disfraces y el gigante deben estar preparados para la noche del domingo. El lunes de carnaval a la mañana, varios hombres vuelven pronto al desván donde está el gigante, para vestir a sus dos compañeros. Un joven se pone un par de arpilleras o sacos grandes, a modo de pantalones y otros sobre el torso y la cabeza. Pero entre su cuerpo y los sacos se mete un gran relleno, de heno también, de suerte que queda convertido en figura monstruosa, a modo de bola, y que se mueve con dificultad. Por otro lado, otro joven de los más ágiles y briosos, se coloca en la cintura un pequeño armazón de madera, que representa sumariamente, un caballo del que también he hecho un croquis con sus medidas. Este joven ha de tener la velocidad que le falta al otro, y su disfraz, aparte del armazón, es ligero. Mientras tanto, los otros mozos, reunidos en pequeños grupos de amigos, se van disfrazando en pajares, cuerdas y bordas, con la pretensión de ser desconocidos al salir. Una vez preparados van saliendo en grupos de dos, tres, o cuatro y se dirigen al ayuntamiento-posada, a acompañar a las dos máscaras más señaladas y al gigantón.

V

Al son de unos cohetes y a eso de las doce de la mañana ha de salir la extraña comitiva de allí. Primero los mozos disfrazados, armados de escobas y haciendo gran estrépito. Entre ellos, la figura hinchada y el caballo fingido; después, llevado por un mozo resistente, el gigante y los tamborileros detrás. A los mozos les llaman por antonomasia los «chachos». «Chacho» dice el diccionario de la Academia Española que es aféresis de «muchacho», y voz de cariño¹⁹. Desde luego, es palabra familiar al navarro de habla castellana de la zona media, pero no al vasco-navarro bilingüe del Norte. La expresión los «muchachos» pienso que puede ser traducción de «mutillak», palabra que -noto también- a veces se ha usado para aludir a los demonios.

En todo caso, es claro que aquí alude específicamente a una comparsa juvenil, masculina, que no permite que en su camino se crucen niños, ni chicas jóvenes, a las que persiguen dando grandes y agudos gritos y utilizando sus escobas. Así, pues, la marcha de la comitiva la ven éstas y los niños (las mujeres mayores también, en general) desde puertas, balcones y ventanas, protegidos de toda agresión.

A la máscara monstruosa, gruesa, se le llama «Ziripot». Esta sí es, en cambio, una palabra vasca, familiar a la gente del norte de Navarra. No me extenderé en consideraciones sobre su origen. Pero advertiré que en castellano existe también la palabra «cipote», equivalente a rechoncho, obeso y «cipotero», «cipotegato», etc., para designar a máscaras en varias partes. «Ziripotaka» es expresión verbal que he oído en aldeas como Óiz de Santesteban y que se usaba para indicar que una persona andaba de mala manera, rodando, tambaleante en lo físico tanto o más que en lo moral.

El «Ziripot» de nuestra comparsa rueda con frecuencia por la calle, lanzando gemidos extraños y ridículos, embestido por la máscara que hace de caballo. Se llama a ésta por su parte el «Zaldiko»; «zaldia» en vascuence es el caballo. El «Zaldiko» (a alguno le he oído decir «Zaldizko»), es personaje conocido en el folklore vasco-navarro. Los «Zaldikos-maldikos» acompañan desde muy antiguo a los gigantes en las comitivas de las fiestas pamplonesas de San Fermín, el siete de julio. Iribarren, en su estudio sobre el Carnaval de Lanz, reproduce una curiosa representación de un músico tocando la gaita atricular, que es a la par un «zaldiko» y que se halla en un documento conservado en Pamplona y fechado en pleno siglo XV. También el relieve de otro músico gaitero; pero éste más a modo de centauro²⁰.

El «Zaldiko» de Lanz se ha puesto en relación estrecha con el «Zamalzain» de las mascaradas suletinas, mucho más complejas y abigarradas, estudiadas ya hace mucho de modo magistral por Hérelle. La relación es evidente, aunque no llega al extremo al que quiso llevarla Miss Alfröd... Pero dejemos los comentarios para más adelante.

Salen, pues, las máscaras del ayuntamiento-posada a las doce de la mañana; bailan su primer «zortziko» y por la calle de Santa Cruz marchan en dirección de la iglesia. Mas he aquí que al llegar a la casa llamada «Arotzanea», es decir la casa del herrero («arotza»), que hace el número ocho de la calle, se encuentran otras cinco máscaras sombrías, terroríficas, que han

19. *Diccionario de la lengua española*. (Madrid, 1925), p. 374, b.

20. "El Carnaval de Lanz" en *Historias y costumbres*, lámina delante de la p. 197 y p. 200.

salido antes y que tienen preparado un yunque, un martillo, unas tenazas, un caldero con fuego y unas herraduras. Estas máscaras van cubiertas con sacos o arpilleras y llevan cedazos rotos a modo de tocado y otros artefactos heteróclitos. Marchan lentamente y acaso constituyen el elemento más dramático de la fiesta. Su propósito es el de herrar al «Zaldiko». Este se resiste, huye, los «chachos» le persiguen; al final consiguen sujetarle y mientras lanza grandes relinchos, se finge que los herradores llevan a cabo su trabajo. Después, la comitiva sigue algo más adelante. Poco antes de llegar a la iglesia tuerce a mano izquierda e inicia una marcha de vuelta por un trazado irregular que -como he dicho- se llama calle de San José. Pasa, así, al lado del frontón y al llegar a una pequeña explanada que queda frente a la casa llamada «Pertijena», hace una pausa, durante la cual las máscaras reposan y beben. El gigante queda quieto, sujeto en una tapia. Hablemos ahora algo más de él. El gigante se llama «Miel Otxin». Algunos creen que «Miel» y «Miguel» son lo mismo. Pocos afirman que, en realidad, se llamaba «Mile», para asociar esta palabra en significado con el castellano «mil». «Otxin» dicen éstos que es el nombre de una antigua moneda. La discusión se enzarza -a veces- respecto a la significación del gigante en sí. Pero continuemos con nuestro rito itinerante. Una vez terminado el descanso, la comitiva enfila hacia la entrada de la calle de Santa Cruz, opuesta a aquella por la que salió de la misma y al llegar frente a la hermosa casa llamada «Caracocha», «Caragocha» (que los que saben vasco dicen es, en realidad, «Garaikoetxea») se encuentran, otra vez, a los herradores que de modo exactamente igual a como lo hicieron en «Arotzanea» vuelven a herrar al «Zaldiko». Después las máscaras marchan hacia el punto de partida, bailando siempre al gigante al son de una tocata especial, haciendo rodar el «Ziripot» y hostilizando al «Zaldiko», que sigue dando furiosas embestidas relinchando y galopando. En el ayuntamiento queda otra vez el gigante custodiado, se desviste el «Ziripot» y se disuelven los enmascarados, para comer, o atender algo a sus trabajos, aunque siempre quedan algunos que, aislados, se dedican a perseguir a los chicos o a las muchachas con sus escobas, dando grandes carreras o al acecho. El resto del día y parte de la noche del lunes se consume en trabajos cotidianos, baile en la posada, al son del acordeón y una gran cena para los «chachos» y músicos y otras máscaras; este año, contado los «herradores» y los personajes principales se reunieron cerca de cuarenta.

En la conducción del lunes hay que tener muy presente el carácter del itinerario, que constituye una especie de circunvalación de Lanz, en la que, el punto de referencia central queda en el ayuntamiento-posada. Los dos momentos de herrar al «Zaldiko» se fijan en dos casas colocadas en dos extremos de la calle de Santa Cruz, y el descanso en una campa, fuera casi del recinto, según se expresa en el plano adjunto. Todo esto no es, sin duda fortuito; es un elemento de gran importancia para llegar a comprender el alcance social del Carnaval de Lanz, unido a otros de los que se ha hablado o se hablará aún.

VI

El martes de Carnaval (este año el 11 de febrero) a la misma hora que el día anterior, se llevó a cabo la misma marcha, con el mismo itinerario y con los mismo episodios. Nos tocó un día soleado y muy frío. Los técnicos en cuestiones cinematográficas trabajaron más a su gusto que el lunes y los mozos también pusieron más voluntad en ayudarles a captar imágenes.

Las novedades para los que asistíamos al espectáculo por vez primera, vinieron después de comer, pasadas las tres de la tarde. Entonces salen los «chachos» otra vez con «Miel Otxin», con el gigante, pero no aparece el «Zaldiko», ni «Ziripot». Lo llevan, por el mismo trayecto siempre, hasta llegar al frontón. También en Lanz, como en otros pueblos vasco-navarros, el juego de pelota está en decadencia. Pero en tiempos en que se jugaba «a largo», con guante de cuero, se colocaba a «Miel Otxin» sujeto en el botillo y allí se le juzgaba. Una máscara que tenía un gran libro en las manos fingía leerle la sentencia, acusándole de varios delitos, mientras otros asentían. Otra máscara, vestida con una gran capa de las que llevaban los antiguos concejales y alcaldes, simulaba confesarle. Esto pareció ya una irreverencia mucho antes de 1936 y se sumprimió del carnaval. El episodio del juicio se simplificó. En 1964 se hizo más rápido y no en el sitio de antes, sino en un rincón de la misma explanada del frontón. Después, las máscaras se agolpan en torno al gigante y le golpean o apalean con sus escobas, avanzando lentamente hacia el centro del frontón. De repente, una que está apostada detrás de un muro, armada de una escopeta, dispara dos tiros al aire, que se supone alcanzan al gigante, el cual rápidamente se abate sobre el suelo del juego de pelota.

En su derredor se organiza gran turbamulta. Los «chachos», dando grandes gritos y alaridos, lo despedazan y los montones de heno, la horca y el traje arden rápidamente. En torno a las llamas y al humo los «chachos» mismos bailan un baile precioso, que llaman «zortziko», pero que en realidad entra más dentro del ciclo de la «mutil-dantz» baztanesa, o el «ingurutxo» de los valles occidentales de la Navarra atlántica; un baile cuya música acaso haya cambiado algo de compás en el siglo XIX, pero que puede remontarse al XVIII o aún a antes.

Al sonido del «txistu» algunos hombres mayores no pueden contenerse y se suman al gran círculo de enmarcarados. Estas figuras de cincuentones y sesentones, corpulentos unos, flacos y aguileños otros, dan más solemnidad, dignidad, al acto violento de la quema. Y mientras las máscaras giran nerviosas y los «viejos» avanzan, marcando los pasos y movimientos de modo sincrónico, se oyen alaridos terribles, estridentes, «irrintzis» salvajes; varios «chachos» lloran la muerte de «Miel Otxin», el gigante convertido en humo y cenizas.

VII

Un frío intensísimo sentimos al caer el día; corre viento del Norte. Las máscaras se disolvieron en grupos y la posada se llena. Los comentarios se suceden. Aquellos viejos que el domingo se habían mostrado dubitativos respecto a la forma de desarrollarse la fiesta eran ahora los más entusiastas. Los jóvenes se preocupan de si en lo futuro podría repetirse o no. Dos reportajes aparecidos en «Diario de Navarra» el martes y el miércoles, 11 y 12 de febrero, terminaron de dar más importancia al asunto a ojos de los vecinos de pueblo²¹.

La tarea de los actores y de los cineastas sobre el campo había terminado. Pero la mía no. Ahora era a mí, como erudito ya que no etnógrafo, al que me pedían opiniones e ideas acerca de lo que significaba el drama a que habíamos asistido, cada cual con ojos e intereses diferentes.

Para los naturales de Lanz la fiesta carnavalesca era, en primer término, algo muy suyo, algo que se había hecho siempre y que se debía seguir haciendo, algo que fuera del pueblo no salía bien. Alguien me dijo -en

efecto- que, en cierta ocasión, se quiso reproducir en Arraiz, pueblo cercano del valle de Ulzama, pero que no salió y que incluso el baile no resultó con su medida. Mas, aparte de esta conciencia de cosa propia, poco pueden decir respecto al significado del «Zaldiko» y del «Ziripot». De «Miel Otxin», sí, creen que representa a un antiguo bandolero que tuvo aterrificada a la región y que con su juicio y muerte se figuran la ejecución real de aquél²².

Esta interpretación, que podríamos definir como clásicamente evhemerista, tiene más interés sociológico de lo que pudiera parecer. Lanz, según he dicho al principio, ha sido un pueblo de paso, un pueblo de calzada, habitado por «francos» en sus orígenes. La arriería ha tenido allí gran importancia hasta comienzos del siglo XX; y en pleno siglo XIX hubo -en efecto- un grupo de bandoleros que actuaron en la zona, atacando a los viandantes. «Miel Otxin», como imagen de uno de ellos es también una especie de símbolo del mal, dentro de la conciencia particularista, local. Pero claro es que cualquiera que haya leído algún libro de folklore sabe que el pasear primero, juzgar después y destruir por último una figura, muñeco o gigante con ciertos atributos, durante Carnaval, es práctica que se halla extendida por vastas áreas del Occidente europeo, a la que se han dado diferentes interpretaciones generales. Atendiendo a un riguroso método histórico hemos de admitir, en primer término, que por lo menos desde que se fija la fecha del «Carnelevamen» del «Carnis privium» o de las «Carnes tollendas»²³ la idea de que en el año existe un período de «carnalidad» frente a otro de «espiritualidad» (expresado éste por la Cuaresma misma) tuvo una gran difusión, reflejada también en el hecho de que otros nombres del «Carnaval» como el griego «Apókreatos», el alemán «Fastnacht» o «Fasnacht» y otras similares incluso el vasco de algunas zonas que no es «Iñaute» o «Iyotia» sino «Aratiste» o «Aratuste», palabra que alude también a la privación de la carne²⁴.

Y también en los dos o tres días anteriores al Miércoles de Ceniza cuando se han llevado a cabo las más clásicas representaciones del carnaval, el cual, a veces es paseado en triunfo sobre un gran carro, representado por cierta figura gruesa rubicunda y sonriente y luego quemado, como ocurría en Frosinone, al Sur de Roma; que en otros sitios era un simple muñeco de cartón, al que se le unía un segundo, que representaba a su mujer, como ocurría en los Abruzzos... que en Provenza era representado por otro grotesco maniquí, llamado «Caramantran» («Carême entrant»)²⁵, al que se juzgaba como al «Miel Otxin». A veces se llevaba cabo no su quema sino su entierro después de echarle en cara muchos vicios²⁶. El conocedor de la literatura medieval puede ilustrar el significado de estas fiestas y tradiciones

21. MARÍA ANTONIA ESTÉVEZ, "Carnaval en Lanz. El gigante Miel-Otxin ha vuelto a bajar de las montañas" en *Diario de Navarra*, año LXI, n° 18.993 (martes, 11 de febrero de 1964), p. 16 y una foto más en la p. 1. En el n° 18.994, p. 7.

22. IRIBARREN, "El Carnaval de Lanz" en *Historias y costumbres*, p. 191 se hace eco de esta tradición, que aún dura.

23. Du CANGE. *Glossarium...*, I (Paris, 1733) Cois. 335, 338-339.

24. En la primavera de 1965 apareció un libro mío, *El Carnaval* con cierto número de datos organizados sistemáticamente para defender un punto de vista distinto al de muchos folkloristas actuales, respecto a la fiesta.

25. Recuérdese aquí la "Anatomie de Quaresme prenant" que hizo Rabelais, en *Pantagruel* (lib. IV, caps. XXX-XXXIII). (*Oeuvres de Rabelais*" (Paris, 1876) pp. 373-376

26. Descripciones clásicas en J. G. FRAZER *The Golden Bough. Part III. The Dying God* (Londres, 1930), pp. 220-233

populares, releyendo la memorable descripción que hizo el Arcipreste de Hita de «Don Carnal» y de su lucha con «Doña Cuaresma», la cual concuerda con el «Fabliau de la bataille de Karesme et de Charnage»²⁷, y con descripciones más modernas de la lucha contra el «Antruejo» (es decir «introitus»), como las de Juan del Encina y otros²⁸. Quien sea más aficionado a las artes que a las letras, recordará al punto el espléndido cuadro de Bruegel el Viejo, que se halla en la galería de Viena, catalogado como «Der streit des Karnevals mit den Fasten», en el que el maestro siguió modelos tradicionales en su tierra²⁹.

Parece, en efecto, que el Bosco ya había pintado el mismo asunto y que su cuadro original se destruyó en el palacio del Pardo hace mucho, quedando solo una grisalla que lo reproduce en parte, en la colección Thyssen. La imagen del Carnaval, montado sobre una cuba que puso Bruegel en el suyo, se cree inspirada en la del viejo visionario de Bois le Duc³⁰, aun después de la revolución puritana, en la Inglaterra de Carlos II, se hacían estampas en que se figuraba a los dos personajes opuestos, y al Carnaval, gordo, montado sobre un buey también gordo: «Fatt shrovetide, mocinted on a good fatt oxe...»³¹.

Variaciones de la fiesta se encuentran en todo el ámbito de la vieja Europa cristiana, en que la Cuaresma se figura siempre con un aire famélico³².

IX

Por mucho que en tiempos modernos se hayan criticado los desórdenes del Carnaval desde un punto de vista moralizador, no hay más remedio que reconocer que este existe o ha existido desde fechas remotas de la Edad Media hasta hoy, «en función» de la Cuaresma. El orden ascético de la una viene tras el desorden orgiástico del otro. Pero antes de que empiece el largo período de ayunos, vigiliias y abstinencias reglamentado hay que llevar a cabo una purificación, una eliminación total de los malos hábitos anteriores. El juicio, condena y muerte del Carnaval, práctica tan extendida en el folklore europeo, como se ha dicho, tiene carácter y significación, ya que no aceptados dentro de la pura ortodoxia, sí simbólicamente religiosos y apoyados en la fe del pueblo, en el cristianismo popular. Los poetas y los pintores europeos de otro tiempo aprovecharon el tema de la oposición de los dos períodos, de suerte que no nos podemos llamar a engaño. «Miel Otxin», nuestro gigante navarro, montañés, es un hermano campesino de las opulentas y obesas representaciones ciudadanas del Carnaval del Italia,

27. RABELAIS *Pantagruel*, lib. II, cap. I ("Oeuvres" ed. cit. p. 196), establece el parentesco de "Saint Pansart et Mardigras".

28. "*Libro de Buen Amor*", estrofas 1.067-1.127, más la penitencia de Don Carnal, estrofas 1.128-1.172: ed. JULIO CEJADOR, II (Madrid, 1913), pp. 76-97, 97-109. *Teatro completo de Juan del Encina* (Madrid, 1893), pp. 75-102 (Égloga representada la misma noche de Antruejo o Carnestollendas).

29. LEO BRUHNS, *Das Bruegel Buch* (Viena, 1941), fig. 8 de las ilustraciones; data de 1559. Véase también el comentario.

30. Véase JACQUES COMBE, *Jerome Bosch* (Paris, 1946), fig. 40. Llega acaso la idea hasta el personaje de Teniers en *Las tentaciones de San Agustín*, El Prado.

31. THOMAS WRIGHT, *Histoire de la caricature et du grotesque dans la littérature et dans l'art*, trad. francesa de OCTAVE SACHOT (Paris, 1875), pp. 340-341 (fig. 186 en la última página).

32. OSWALD A. ERICH Y RICHARD BEITL, *Wörterbuch der Deutschen Volkskunde* (Stuttgart, 1955), pp. 188-189.

Francia, Alemania y España misma. Es un símbolo de los vicios, del mal, que en este caso se ha centrado en el recuerdo de un viejo salteador de caminos, que, lógicamente, en un pueblo en el que el camino ha tenido gran significación, fue considerado en tiempos como el máximo representante de él.

Podemos aceptar también, que estamos ante un «pharmakos», una especie de víctima expiatoria, o un emisario de los males de la comunidad. Pero nos quedan el «Zaldiko» o el «Ziripot» como figuras más enigmáticas y sin explicación dentro de la dimensión local, evhemerista (Miel Otxin = antiguo bandolero), o la dimensión cristiana medieval, Miel Otxin = Carnaval representación de la carnalidad y los vicios relacionados con ella.

Y aquí pueden venir a actuar los folkloristas de la escuela de Frazer, para decirnos que el gigante carnalesco es, en realidad, la representación de un antiguo dios, un dios al que se hacía morir de formas múltiples en múltiples religiones³³, y que también el caballo es una variante de él, de un «espíritu vegetal» en principio. Miss Alford defendió esto último sobre una base documental endeble, suponiendo que en Lanz el sacrificado al final de la fiesta era el caballo³⁴.

Hay que convenir en que, hoy día, la existencia de los «espíritus vegetales» y de otros parientes de los mismos cuales los «Korndämonen» de Mannhardt como pilares de cantidad de mitologías, no parece cosa demostrada a muchos autores. Las bases comparativas que servían a Frazer eran laxas, las de sus discípulos más aún. Veían una «dimensión» de cada tema ritual y mitológico a través del tiempo y del espacio, y hacían sus asociaciones de datos a base de esta dimensión. Aunque admitamos que la morfología de muchos rituales se ajusta a unos principios que se repiten (o se difunden) de modo sorprendente y hasta fatigoso, hay que estudiar con atención las circunstancias de lugar y de época en que se dan para llegar a comprender su significación mas profunda. La villa de Lanz, con su vieja población de «francos», con su calle de Santa Cruz, con su ayuntamiento-posada (o si se quiere posada-ayuntamiento), sus viejas casas solares, es teatro de una fiesta típicamente europea. Que «Miel Otxin» es el Carnaval en sí mismo es cosa que no creo que pueda negarse. En el país vasco-francés las tragicomedias en que se juzga al final a Saint Pansarot, (que es el vasco «Zanpanzar») entran dentro del mismo ciclo³⁵ cristiano-medieval. Que «Zaldiko» sea un antiguo «espíritu vegetal» esto ya me parece más problemático, como es problemática, en conjunto, la interpretación «vegetacionista» de las mascaradas suletinas en que sale su hermano «Zamalzain». «Ziripot» y él hacen pareja en la que uno parece representar el brío, la acción violenta, dominada por los herradores y el otro la flojedad, la pasividad, la falta de brío.

Dejando los «espíritus vegetales» a un lado, el simbolismo anímico de las dos figuras puede y debe ser viejísimo y con sentidos múltiples, incluso sexuales. Mas no es cuestión de galopar -como el «Zaldiko» mismo- por terrenos misteriosos y en los que no hay a veces luces.

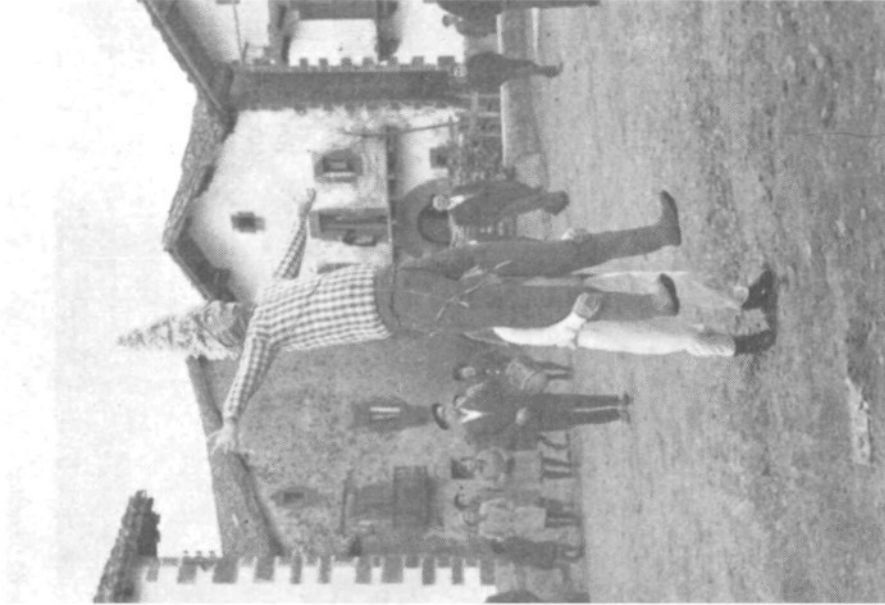
33. Véase el libro citado en la nota 26. El efecto "retardado" de las investigaciones de Frazer en España y algún país de Sudamérica obliga a hacer hincapié sobre sus interpretaciones, criticadas desde muy antiguo por los folkloristas del norte de Europa.

34. Véase el artículo citado en la nota 16.

35. Véase el excelente estudio de G. HERELLE, «Etudes sur le théâtre basque. Les tragi-comédies de Carnaval» en *Revista internacional de estudios vascos*, XIV (1923), pp. 541-557.



Lám. 1. Carnaval de Lanz: a) La comitiva, b) La comitiva en las calles del pueblo.



Lám. 2. Carnaval de Lanz: a) Herrando el Zaldico, b) Miel-Otxin.



Lám. 3. Carnaval de Lanz: a) y b) Chachos.



Lám. 4. Carnaval de Lanz: a) y b) Chachos.

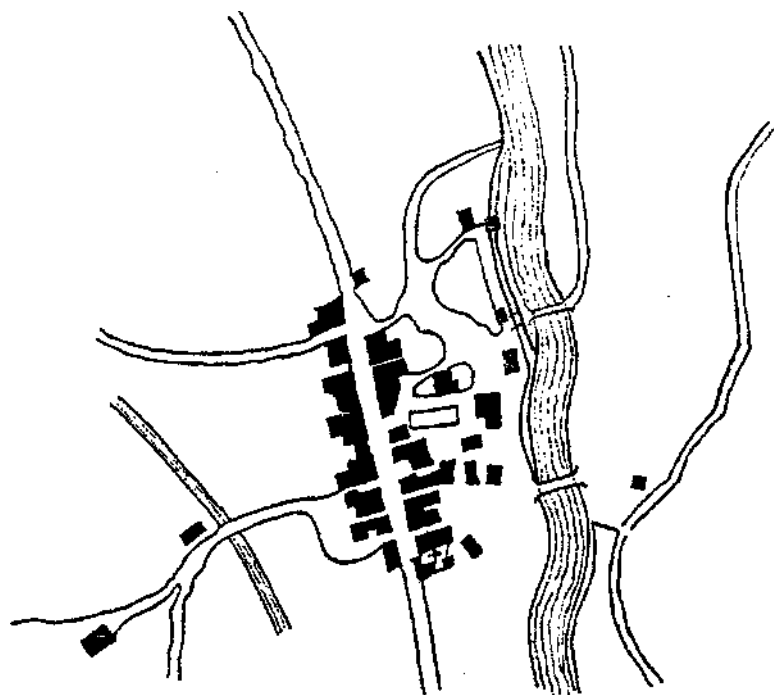


Fig. 1. Plano esquemático de Lanz.

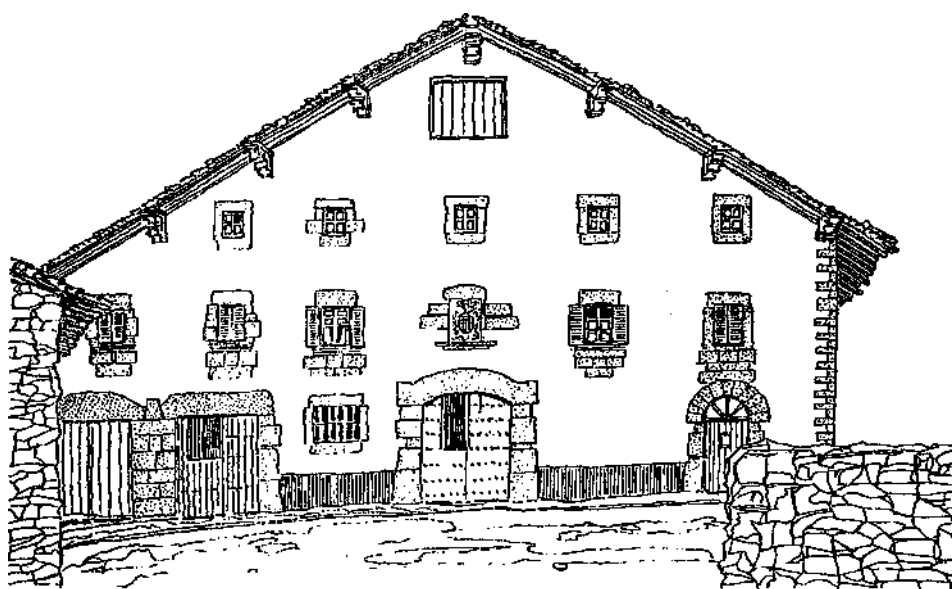


Fig. 2. Casa de Lanz ante la que se ponen las herraduras al «Zaldiko» por segunda vez.

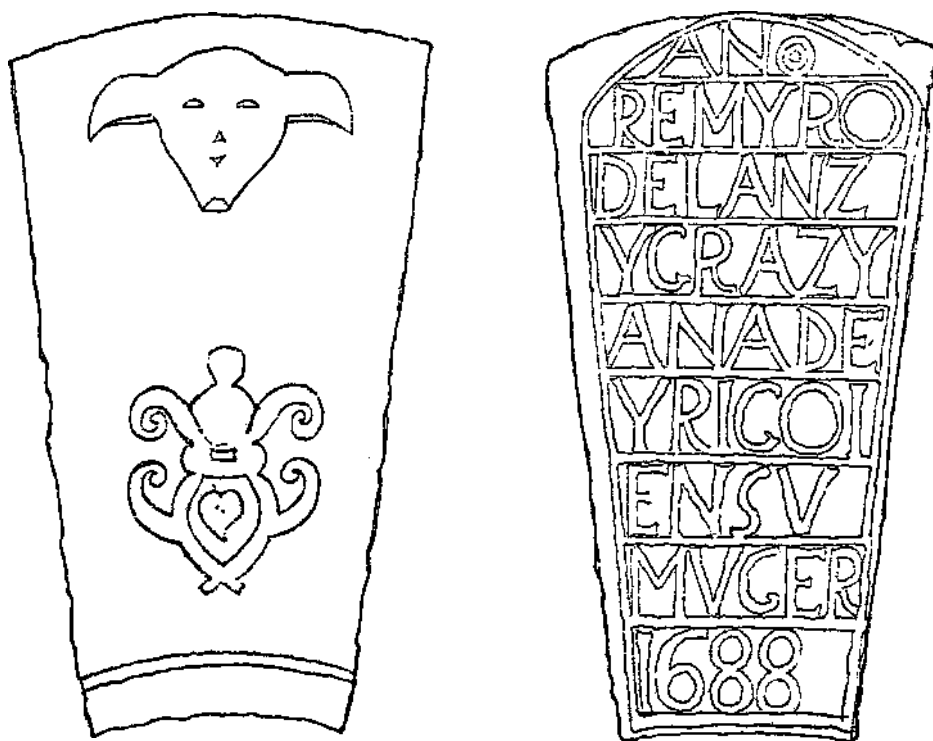


Fig. 3. Piedras de clave de puertas principales, en casas de Lanz.

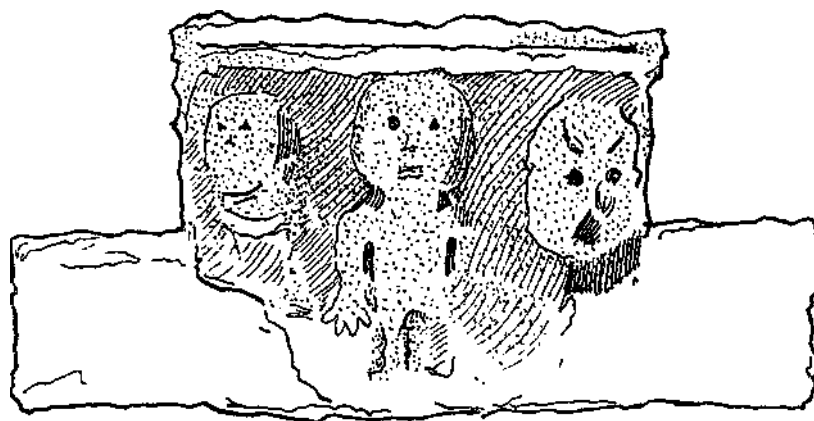


Fig. 4. Figuras talladas, en una fachada de Lanz.

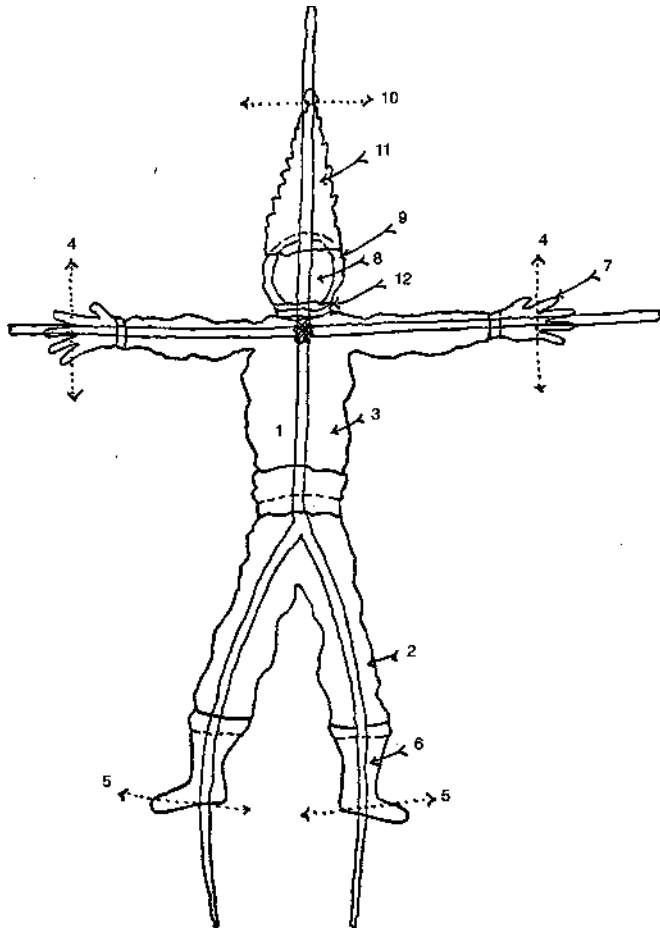


Fig. 5. Proceso de construcción del gigante «Miel Otxin», de Lanz. (Los números indican el orden en que se colocan los distintos elementos).

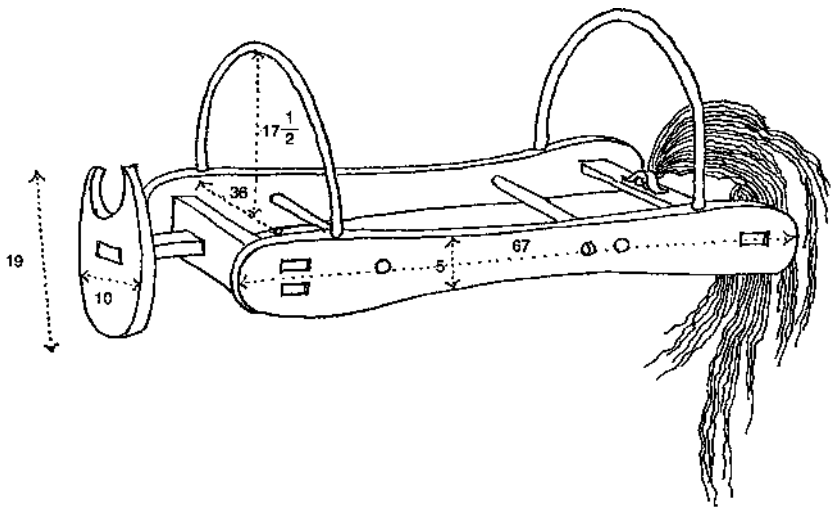


Fig. 6. Armadura de madera del «Zaldiko» de Lanz.